

recorren durante leguas un trayecto solitario. Los montes de Arrée se alzan sin valles, sin contrafuertes, como una pendiente unida y escarpada cuya cima está cortada á trechos por terromonteros oscuros y hendidos; apenas constituyen una montaña, y sin embargo siéntese en ellos la misma impresión que en las más imponentes soledades de los sitios elevados. Y es que, en efecto, se trata de una ruina de montaña, de una cordillera contemporánea de las primeras edades del globo, desgastada al presente hasta sus raíces. A sus pies, al Sur, hacia la capilla de Saint-Michel de Brasparts, extiéndese un desierto de eriales descoloridos, herrumbrosos, de enanos brezos, de juncos desmedrados, lleno de bloques y de balsas, en donde entre las protuberancias de asperón hay turbales en los que se hunde el caminante y corre peligro de perderse el ganado. Las ráfagas de viento azotan con furia y empapan este suelo esponjoso del que rezuman las aguas, una parte de las cuales va á caer en cascadas al través de los granitos de Huelgoat. Ciertamente este territorio no es más que un rincón perdido en los confines de la Cornuailles y del León, pero evoca en una visión súbita una decoración digna del Connaught y de los *bogs* de Irlanda.

Tales son las formas de terreno que predominan en Bretaña y que en general son más ásperas que en el resto del Oeste; sin embargo, también en Bretaña aparecen reminiscencias á veces extensas de naturaleza silvestre desde que la superficie se halla constituida por suelos más blandos. Así se formó una verdadera cuenca interior en los esquistos de Rennes, una depresión que desciende hasta 30 metros; la erosión había consumado allí su obra desde antiguo, puesto que la invasión marina de la época miocena encontró preparada la cuenca para extenderse en ella y dejar los *faluns* ó arenas conchíferas que con los esquistos contribuyen á la formación de la capa limosa. De la superficie han desaparecido todas las rocas; el suelo arcilloso, ablandado por los agentes atmosféricos, sólo presenta ligeras ondulaciones y se fracciona en trozos cerrados por setos; los ríos convergen de todas partes, y el que después de haberlos recogido se encamina hacia el Sur al través de la barra de asperón que cierra el horizonte, es decir, el Vilaine, es el más importante de Bretaña. La comarca es indudablemente de dimensiones reducidas, no alcanzando la superficie de la misma comprendida entre los bosques que la rodean, á un millar de kilómetros cuadrados; pero en una región fraccionada constituye un punto natural de concentración. La Bretaña oriental adquirió firmeza y asiento entre Nantes y Saint-Malo, en esta comarca de los *Redones*, y cuando Bretaña buscó una capital, la encontró en esta cuenca interior.

Alrededor, eriales imperfectamente roturados y algunos medio inundados por los estanques, grupos de árboles, fragmentos de selvas, aristas ó terromonteros de asperón que desde lejos se distinguen por los pinos que los cubren, aíslan esta Cuenca de Rennes. Entre Rennes y Fougères, al aspecto silvestre sucede una naturaleza más árida y más ingrata en cuanto nos aproximamos á los peñascos de asperón coronados por la fortaleza de Saint-Aubin-du-Cormier. Al Sur, el territorio cortado por fajas de asperón que se extiende hasta Chateaubriand y el País nantés, todavía se denominaba, no hace mucho tiempo, desierto; pero donde existía

antiguamente una ancha zona de aislamiento era sobre todo hacia el Oeste. Sobre los estériles asperones de la Cordillera de Paimpont y más allá hasta Loudeac, Quintín y Lanouée, extiéndese una región de aspecto forestal, semipoblada de bosques todavía y célebre en los recuerdos de la Bretaña: era la selva central, la Broce-liande legendaria de los romances de la Tabla Redonda. Toda la comarca, como lo indica su nombre de *Poutrecoet* ó *Porhoet*, era considerada bosque: marcas solitarias entregadas á las guerras y á las aventuras; región políticamente neutra y cuya población, seguramente poco numerosa, vivía modestamente del pastoreo y del producto de los bosques. Cuando hoy en día atravesamos entre Quintín y Loudeac esos sotos pobres é interminables, todavía sentimos cierta tristeza; en otro tiempo había allí grandes encinares que siglos de negligencia han mutilado, pero que ocupan un lugar importante en la fisonomía histórica y en la vida doméstica de la Bretaña, cuyo material etnográfico ha salido en gran parte de allí. Aun actualmente es imposible entrar en una vivienda bretona, por pobre que sea y por apartada que esté, sin observar á cuántos usos, en el mueblaje, en las construcciones y en los utensilios, ha sabido la mano bretona acomodar la madera. ¿Hasta dónde se extendía esta región de soledades silvestres? Por el Oeste, tal vez hasta las inmediaciones de Carhaix, es decir que comprendía casi todo el vizcondado de Rohán. Pero de todos modos fué un vasto territorio atrasado que no dejó de influir en los destinos de la Bretaña y en el cual se amortiguaron en el siglo VI las inmigraciones célticas procedentes de Ultramar. En los textos de los siglos IX y X, la región occidental llamada bretona no pasa de esta zona: «Se sale del País de Rennes para entrar en Bretaña,» y el límite actual de los dialectos bretones hállase todavía en relación visible con esta marca fronteriza. Más allá, hacia el Oeste, el interior no ofrece sino centros ficticios, tales como el que los romanos habían creado en Carhaix y como el que nosotros mismos creamos en Pontivy.

Hay, pues, en defecto de verdaderas montañas, espacios solitarios y salvajes que determinan una separación real entre las comarcas del interior. Dentro del carácter común de una naturaleza en el fondo asaz monótona subsisten diferencias comarcales debidas á la escasez de relaciones entre los habitantes. El que, acostumbrado á las campiñas del resto de Francia, en donde generalmente se encuentran diversos tipos, examina una multitud bretona, siente con frecuencia la impresión de una homogeneidad más grande, de un parecido físico más general; el aspecto de las gentes indica una mezcla menor que en las demás partes de Francia, no sólo con el exterior, sino que también de los grupos entre sí. Aisladas en sus granjas perdidas entre los fangosos senderos y bajo los árboles, las poblaciones bretonas del interior forman una masa de penetración lenta y difícil, y los mercados de pequeñas ciudades en donde periódicamente se encuentran no tienen una vida bastante vigorosa para borrar toda otra impresión. Esto hace que la imagen de la comarca misma permanezca más firmemente grabada en el alma: esta naturaleza en la que se combinan el erial, los bosques, los campos de cultivo y los espacios vacíos, se concreta en un conjunto insepa-

ble cuyo recuerdo se lleva el hombre consigo. El aldeano bretón, pastor y agricultor á la vez, no siente por estos yerros incultos el desdén mezclado de aver-sión que en otras partes manifiesta nuestro cultivador por las «malas tierras,» sino que los comprende en la imagen que de su comarca se forja; en ninguna parte ha edificado tantas capillas de santos ni ha erigido tantos Cristos de granito como en estos lugares salvajes; y para las asambleas en donde parece templarse periódicamente en la conciencia de su país, no busca los sitios risueños, sino los manantiales de las alturas, las rocas, los bloques aislados en los eriales. En estas regiones en donde el reloj del tiempo se ha retrasado, esas asambleas en tales lugares celebradas son para él una manera inconsciente de practicar los viejos cultos y de volver á los antiguos dioses.

## II.—El Armor

La Bretaña termina medio sumergida en el Atlántico: la parte de esta superficie, desde remota fecha enrasada y abarrancada, que se hunde actualmente debajo de las aguas, deja adivinar todavía entre calzadas de islas ó de escollos la existencia y la dirección de valles anegados, y en la baja mar distingúense á menudo, hasta perderse de vista, los restos desmenuzados que prolongan las playas. Por las mismas causas, la parte no inundada presenta pendientes tan débiles y niveles tan bajos, que abre al Océano múltiples y largas vías de penetración. Cada día se produce periódicamente la misma transformación, que se observa hasta á distancias de 20 ó más kilómetros: la playa insignificante, orlada de bancos fangosos, se convierte durante muchas horas en una corriente caudalosa y arremolinada; los canales pantanosos se animan de pronto y dibujan una red de venas por donde el agua viva y el aire salino circulan al través de las cumbres verdequeantes; las olas llegan hasta el pie de los castaños y de las encinas que festeñan las lajeras, despiertan un poco de vida en el extremo de los estuarios, en esas viejas pequeñas ciudades en donde entre los árboles y los prados dormitan algunas barcas; penetran en los archipiélagos del Morbihán, y hasta en los apartados repliegues en donde las aguas parecen dormir entre los árboles, un ligero estre-mecimiento periódico hace murmurar la voz del Océano.

De modo que la depresión general del nivel y la multiplicidad de las escotaduras, hijas una y otra del pasado geológico de la Bretaña, se combinan con la amplitud de las mareas para extender considerablemente la anchura de la zona que el lenguaje confunde bajo el nombre de costa. No se trata de una simple línea de contacto entre la tierra y el mar, sino de una faja regional que á lo largo de toda la península engendra fenómenos variados desde el punto de vista de la naturaleza y de los hombres, y cuyas dimensiones justifican y explican su importancia en la vida de la Bretaña.

Esta costa refleja en sus formas de detalle los rasgos de estructura de la península: regularmente paralela á la dirección longitudinal de la Meseta meridional y ligeramente inclinada como ésta hacia el Oeste, se compone al Sur de una faja insular que en el archipiélago de Glénán se deprime y desmenuza, y de una faja continental que se hunde, como verdadero *fin de las tierras*,

en Penmarch. El continente expira insensiblemente en un paisaje impregnado de grandiosa monotonía en donde, á falta de árboles, álzase en todas partes restos de campanarios ó de torres, y enormes montones de bloques dejan al descubierto su basamento granítico socavado por una marejada sin fin.

La costa occidental es la nivelación de las cuencas sinclinales que entre las dos alas realzadas de la Cordillera continúan la cuenca de Chateaulín; pero entre la bahía de Douarnenez y la rada de Brest surgen en forma de cabos ó de penínsulas algunas rocas más duras de la osamenta bretona, cortadas además por numerosos filones eruptivos. Estas rocas se destacan tanto más vigorosamente cuanto que bajo el esfuerzo directo de los vientos y de las olas han desaparecido casi enteramente todas las formaciones susceptibles de ser destruídas. El mismo peñasco horadado á modo de arco, esculpido en forma de torres y cubierto en su base de un mosaico de guijarros de abigarrados colores, indica claramente en Morgat ó en la Chevre cuán poderosos embates ha de sufrir de las olas.

En Brest comienza, con el gneis del País de León, la Meseta septentrional cuyas fajas sucesivas, cimas de los anticlinales que enlazan el Cotentin con la Bretaña, terminan en el litoral, dándole este aspecto irregular que se manifiesta por alternativas de anchos promontorios y de espaciosas bahías. En ninguna parte aparece esa meseta más desmenuzada en el detalle; esos granitos inyectados de pórfidos y de dioritas, esos gneis, esos asperones armoricanos se fraccionan en escollos que forman como una coraza á lo largo de la costa. Entre el Pasaje del Fromveur, delante de Ouessant, y las rocas de Saint-Quay en el golfo de Saint-Brieuc, se extiende sin interrupción un verdadero *skaer* escandinavo. Más allá, la ciudad de Duguay-Trouin, Saint-Malo, se guarece tras una serie de escollos, cuyas puntas ostentan largos surcos de guijarros (*heaux*). Un pequeño y extraño archipiélago de rocas encarnadas, pilares de sienita ó de pórfido que han quedado al descubierto, surge en las inmediaciones de la isla de Brehat, cerca de Paimpol.

En resumen, las principales escotaduras de la costa bretona pueden calcularse en más de 2.500 kilómetros, de los que la décima parte aproximadamente corresponden á las islas.

Las variedades de condiciones de existencia creadas por estas inflexiones y estas sinuosidades, por estas diferencias de dimensiones insulares y peninsulares, que llegan hasta el fraccionamiento, son innumerables. La orientación reviste aquí casi tanta importancia como en países montañosos: en las partes abrigadas, sobre todo en la costa meridional, la tibia temperatura oceánica favorece una vegetación de laureles, bojés, higueras y fuchsias arborescentes, y casi en el extremo de la Cornuailles, en la ribera bien abrigada de Fouesnant, cubierta de árboles, prosperan el manzano y el peral. Por el contrario, las costas directamente azotadas por los vientos del Oeste, las islas y los promontorios, demasiado impregnados de aire salino, carecen de árboles, buscando allí más que en ninguna otra parte los pequeños cultivos el amparo de las cercas de piedra. Sin embargo, la cebada y el trigo maduran hasta en la desolada plataforma del Penmarch, y si el clima del Leonnais es

ya menos propicio á los cereales, sabido es que comunica una preciosa precocidad á los productos de la jardinería. Por otra parte, en los anchos pliegues de la costa septentrional hay partes á las cuales no llegan los vientos sino después de haber amortiguado su violencia, é inmediatamente se multiplican en las mesetas los árboles y los cultivos. La costa expuesta al Este, entre Paimpol y Saint-Brieuc, es la comarca más populosa de Bretaña; por todas partes se diseminan pequeñas granjas y en los pequeños campos se apacientan rebaños reducidos, al paso que en las cumbres se alzan esbeltos campanarios que sirven de señal á los marinos.

En las manifestaciones de la vida obsérvase un rasgo de endemismo que se acentúa en las islas bretonas, pero que no es extraño en las recortaduras continentales, rasgo que ha sido estudiado en la flora de las islas, especialmente en las de Glenán y de Groix y que llama la atención en esa pequeña raza de carneros negros que pulula en Ouessant y de pequeños caballos que no tardarán ciertamente en desaparecer. Y si pasamos á los grupos humanos, lo comprobaremos no sólo entre los insulares de Groix ó de Brehat, sino que también entre los habitantes de la península de Plougastel ó entre los *Bigouden* de los alrededores de Pont-l'Abbé, tan curiosos por su tipo rechoncho y rudo, y aun en otros. Pero estas consecuencias de un cierto grado de aislamiento encuentran un correctivo en otras disposiciones naturales, porque las corrientes costeras, la acción combinada de los vientos y de las lluvias, los canales interiores que penetran en las tierras ó que se insinúan entre las hileras de escollos y la costa, son otras tantas vías de que se aprovechan ora la propagación espontánea de las especies vegetales, ora la circulación de los hombres.

Esta costa, alternativamente agreste y suave, en la que las playas suceden á los peñascos, las ensenadas de arena á las rompientes, es hospitalaria para todo lo que vive; mejor que los rígidos acantilados normandos azotados por el roce incesante de los guijarros, esas riberas recortadas ofrecen á la vida vegetal y animal los abrigos que necesita la naturaleza generatriz. Entre esas anfractuosidades hay pliegues tranquilos, fondos de arena en donde pueden los peces desovar y canales pedregosos en donde habita el cangrejo de mar, y bajo las olas brillan las algas como hojas de plata sobre las partes lisas de las rocas, revistiendo de resbaladizas alfombras los bloques y los guijarros ó cubriendo á flor de agua los refugios en que pulula un mundo de peces y de moluscos. Este litoral es un crisol en donde se elaboran los principios fertilizantes: la ova y el fuco, dotados de la propiedad de asimilarse los carbonatos de cal y de magnesia contenidos en el agua del mar, son un depósito de vida, si no inagotable, por lo menos renovable siempre, si no se abusa de él. Salvo en algunas ocasiones permitidas, lo que las mujeres recogen y transportan para abonar los campos es la ova que las olas del mar arrancan y arrojan á tierra. Esta ova á veces se dispone en montones espaciados en las playas y se quema para obtener de ella la sosa, viéndose en ciertas épocas del año desde lejos las humaredas que aquellos montones despiden. De modo que el mar tiene también sus pasturajes en donde los restos de conchas y de algas se acumulan en cantidad suficiente para componer el *trez*, el *merl* y la *tangué*, preciosos abonos mer-

ced á los cuales la naturaleza orgánica proporciona al litoral, en un radio de 10 á 20 kilómetros, la caliza que por lo general le niega la índole de las rocas.

La explotación y el transporte de estos recursos ha dado origen á una gran variedad de oficios. La forma de las barcas y los detalles de aparejo y de velas se han adaptado á la diferente naturaleza de los fondos y de los géneros de pesca, naciendo de aquí las grandes chalupas de pescadores de ova, las lanchas cangrejeras, los quechemarines; ó si se trata de salir á alta mar, las embarcaciones sólidamente construídas y dotadas de un alto velamen encarnado, con las cuales los gresillones persiguen el *germón* ó atún á veces hasta las mismas costas de España. En otro tiempo, las formas eran distintas en cada puerto; de aquí que casi en todas partes, en el fondo de las ensenadas y bajo los árboles, haya un pequeño astillero, hoy desanimado, cuyos martillos turbaban con sus golpes cadenciosos la calma de los pequeños puertos bretones.

Estos fondos de estuarios y los puntos extremos de los ríos hasta donde la marea lleva las embarcaciones determinaron naturalmente el lugar de los mercados. Allí cesan, en efecto, las dentelladas que cortan las costas é interrumpen los caminos, y las comunicaciones, más estables á partir de aquel punto, permiten una pequeña concentración de productos. Tal fué en Bretaña el origen de la mayoría de las ciudades. Al igual que en las montañas, hay á menudo á lo largo de la costa una zona cuyos recursos propios son insuficientes y cuya población superabundante no dispone de toda la extensión que necesita, razón por la cual los habitantes de pequeñas penínsulas ó de islas se ven obligados á remontar el río para proveerse en los mercados interiores. Acontece también que los más emprendedores ó los que están mejor equipados emigran periódicamente para suplir con la explotación de algún campo de recursos distante la insuficiencia de los recursos locales; así cada verano muchos vecinos de Paimpol se dirigen con sus familias á Sein para la pesca del cabrajo, duplicando durante algunos meses la población de aquella pequeña isla; otros van por espacio de tres meses á coger ó quemar fucos en las islas de Glenan, en los Chausey; y en otras partes, la explotación de los granitos ó de los asperones es lo que atrae inmigrantes temporales. El cabotaje, que antiguamente era la industria más lucrativa, estaba fundado en las costumbres familiares y en las necesidades de existencia.

Esta vida elemental tiene, en su originalidad, un carácter muy antiguo. El hombre, según parece, fué atraído en muy lejana fecha hacia esta costa en donde tanto abundan los monumentos megalíticos; y las indicaciones detalladas que acerca de estos parajes consignan los autores de la antigüedad, denotan, al parecer, la existencia de una población numerosa. Esta población, sin embargo, debió sufrir varias vicisitudes, porque en la época de las invasiones salidas de la isla de Bretaña en el siglo VI parece que este litoral estaba despoblado; mas no tardó en recobrar su esplendor, como lo demuestra el hecho de estar llenos de nombres de puertos bretones los portulanos del siglo XIII. Hoy en día la costa de Bretaña está en todas partes más poblada que el interior, y las islas, en su mayoría, más pobladas aún que la tierra firme.

En esta región en donde nada se pierde, las condiciones fundadas en la naturaleza de los lugares continuaban imponiendo su ley, y este es el punto de vista desde el cual conviene apreciar las transformaciones históricas y económicas por que ha pasado la Bretaña. Cuando á mediados del siglo XIV el comercio entre Italia y el Norte de Europa adoptó cada vez más la vía marítima, la Bretaña aprovechó de su situación, sobre todo como región de tránsito y de pesca, ya que, á excepción de Nantes, dejó sentir en ella la falta de una comarca interior y no hubo espacio en toda aquella extensión de costas para un Dieppe ni para una La Rochela.

Como pescadores intervinieron los bretones en el descubrimiento del Nuevo Mundo, siendo su iniciativa en este suceso enérgica y rápida; además, su posición en los parajes de Terranova estaba tan bien esta-

blecida, que en los primeros años del siglo XVI los reyes de España recomendaban á sus navegantes que tomaran tripulaciones bretonas. Más adelante, cuando fué provincia francesa, dedicóse la Bretaña á la caza de los españoles ó de los ingleses, es decir, á la vida de corsario. Saint-Malo y Concarneau se fueron engrandeciendo dentro de sus cinturones de granito y Brest amontonó las construcciones en su estuario. Actualmente, gracias á la rapidez de comunicaciones, déjase sentir poderosamente en la costa la influencia de grandes mercados urbanos de fuera de Bretaña; pero siempre, ora se trate de marino, ora de agricultor ó de ambas cosas á la vez, lo que da la expresión característica de la vida bretona es el fraccionamiento, la pequeña propiedad, el espíritu de empresa por grupos reducidos, el esfuerzo familiar, en el que tiene gran participación la mujer, en todas partes presente y en todas partes activa.